EL AÑO EN QUE HABLAMOS CON EL MAR

Andrés Montero



A Nico, Tomás, Raimundo, Titi y Felipe:
las personas con las que siempre quiero estar.

Una vez creado el mundo sobrevino una lucha entre dos culebras:
la culebra de las aguas y la culebra de la tierra.

Relato oral mapuche

¿Escuchan la música
de las palabras
que navegan en el aire, rielan
en el agua y se hacen fuego
en el corazón del mar?

Elicura Chihuailaf

En el agua se refleja
el fantasma inaprensible de la vida.

Herman Melville

VERANO

Lo vimos llegar cuando ya se despedía el verano. El aire tibio, el mar picado, el movimiento de los pájaros, todo parecía anunciar la lluvia o la irrupción adelantada del otoño. Pronto nos daríamos cuenta de que no, de que aún restaban otros días de calor y que lo que sucedía en realidad era que la isla quería avisarnos que teníamos visita. Por eso se desajustaba un poquito, para ponernos en alerta, porque bien sabe nuestra isla que lo que nos puede llamar la atención no será el ruido ni el silencio, no el rugido del mar ni un temblor en la tierra, tampoco la luz de un meteorito o el tronar de los cruceros, no lo grande, no lo enorme, pues lo que está muy a la vista no nos necesita para nada y entonces es más sencillo seguir de largo por la misma isla que tan bien sabe que nos remueven, en cambio, esas alteraciones mínimas que reclaman una segunda mirada, un paso atrás, una comprobación quieta de la diferencia: todas esas señas que se nos revelan de repente y nos hacen comprender, fascinados, que están ahí desde hace varios días, caracoleando por la isla para abrirse paso entre las grietas de lo igual.

Así era como nos alertaban esa mañana la tibieza ventosa del aire, la sutil picadura del mar, el aleteo nervioso de las aves, y por supuesto el tañido fantasmal y lejano de la campana hundida, que fue en realidad lo que terminó por espabilarnos, lo que nos obligó a sacar los ojos de la tierra y recibir la bandada de señales que la isla venía tejiendo para nosotros desde hace tres o cuatro días, con una paciencia de arañita.

—Viene alguien —dijimos entonces, y dejamos las palas ensartadas y acostados los rastrillos, y pegamos dos chiflidos

a los perros para que trajeran de vuelta a las ovejas y avisamos a los hijos que alimentaran ellos a las bestias, mientras de lejos comenzaba a escucharse el runrún de la avioneta del gringo Mike.

Nos fuimos sin apuro hacia el aeródromo, encontrándonos por el camino. Tal vez hablábamos de algo, o tal vez no decíamos nada y solamente mirábamos arriba, notando cómo crecía el rumor entre las nubes y se agitaban otro pichintún el mar y el viento, mientras el puntito negro en el cielo se iba haciendo más grande, más ruidoso, hasta que le salieron las alas, se dio una vuelta de gaviota por la isla, mostró las ruedas, bajó a niveles siempre preocupantes, acomodó el tren delantero y finalmente aterrizó bailando de aquí para allá sobre la pista, que siempre parece muy corta y que a veces por tristeza lo es.

Entonces botamos la respiración contenida, como cada vez que se nos ocurre venir a ver un aterrizaje.

Primero se bajó el gringo Mike, que se puso a elongar brazos y piernas como si el viaje desde el continente le hubiera tomado siete horas y no trece miserables minutos. Nosotros estiramos los pescuezos para no perdernos el momento en que se bajara la visita, a ver quién lo reconocía primero, a ver qué visita tan ilustre merecía el esfuerzo de la isla y sus señas de caracol.

Por fin Mike le abrió la puerta y lo vimos saltar a tierra y salir corriendo de la pista, como si creyera posible que otra avioneta viniera a la cola de esta, dispuesta a embestirlo como un toro mosqueado. A todas luces, un turista. Era el único pasajero. Mike sacó un pucho, apoyó la espalda en la avioneta y lo miró divertido. Por todo equipaje el forastero traía una maleta chica con ruedas, un maletín que se cambiaba de hombro cada tanto y una cámara de fotos colgando del cuello. Los zapatos

eran elegantes, también el pantalón y la chaqueta. Parecía listo para reunirse con el alcalde. También parecía ignorar que acá no tenemos nada parecido a un alcalde. Al ojo le echamos unos setenta años, sugeridos por el pelo tan gris que se ordenaba de un manotazo cada dos por tres, inútilmente. Atrás suyo, el viento hacía sonar las alas de la avioneta, como si se la fuese a llevar por los aires.

Así que no era más que eso: un turista, con su cámara de fotos y su maleta, con el notorio alivio de no haberse estrellado y el probable interés en ir lo más pronto posible a ver el fuego que se enciende en nuestro mar, porque los días son pocos y a eso vino, y también, aunque no lo sabe, a decepcionarse porque la verdad es que las ballenas ya no vienen por las costas de esta isla aunque los folletines turísticos del continente las sigan anunciando con fotos macanudas del cachalote blanco, tan famoso en todo el mundo que de vez en cuando la idea de avistarlo termina por convencer a un par de despistados que contactan al gringo Mike y se vienen nomás para acá, y que al tercer o cuarto día, visto el fuego que sale del mar, decepcionados por la ausencia de las ballenas y del cachalote muerto hace un siglo y medio, aburridos de la calma y del oleaje, ya no saben qué más hacer en una isla donde lo que pasa no se ve.

Un turista, pues. Para eso ensartamos las palas y acostamos los rastrillos, para eso dejamos el trabajo tirado esa mañana en que empezaba a despedirse el verano. Entre los que estábamos por ahí sobrevino una primera ola de desilusión, que sin embargo quiso recogerse cuando alguno de nosotros hizo ver lo que después sería imposible dejar de ver:

—Como que se me hace cara conocida.

Entonces achicamos los ojos, intentando ganarle a la distancia. Y lo vimos.

—Mierda. Es igualito.

—No, a ver. Igualito no es.

Es que tal vez no fuera nada más que la ilusión tan grande que teníamos de que pasara algo, cualquier cosa. La desesperanza, o el aburrimiento, o la pena que llevamos guardada desde hace siete años rompió otra vez contra la isla.

—En verdad no se parece tanto —venía la ola.

—En lo morocho un poco —se recogía de nuevo.

—Y en la parada —un poquito más adentro.

—Con barba se parecería más, pero así ni tanto —venía de vuelta.

—Yo no le hallo el aire —reventaba, reventaba nomás la ola de la desilusión.

Qué estupidez, si probablemente era pura coincidencia, una conjunción tonta entre las señales difusas de la isla y un parecido que con suerte serviría para darnos algo que hablar esa tarde en la taberna y preguntarnos en qué andaría don Julián.

Pero una vez que estuvo fuera de la pista, cuando pareció sentirse seguro, o por lo menos tranquilo, o por lo menos en equilibrio, el forastero le dio la espalda al mar, apoyó los puños sobre las caderas y dio un vistazo amplio a la isla, mientras botaba el aire del viaje por la nariz, lenta y profundamente, al ritmo del paisaje.

La abarcó completa, la isla, a lo ancho y a lo largo y a lo alto, como si la estuviera haciendo suya con la mirada.

Entonces terminamos de reconocerlo.

—¡Ah, chucha! ¡Sí es!

—¡El hermano!

—¿Cuánto tiempo que no venía?

—Yo pensaba que se parecían más.

—Es que a lo mejor no es.

Pero sí que era. Lo supimos por la mirada amplia, por el suspiro de los que vuelven. Lo decía también con los ojos: había algo en ellos que hablaba del tiempo y la nostalgia, de la necesidad de juntar las imágenes de los recuerdos con las que tenía ahora a la vista, de ponerlas unas sobre otras para comprobar si calzaban o si había que hacer algunos ajustes en la memoria.

Después saludó a Mike con la mano, empujó la maleta y se fue. Poco más allá se acabó el cemento y las ruedas de su maleta se volvieron inútiles.

Nosotros volvimos a nuestras cosas. Recién era mediodía.

Puede que todavía quedaran dudas, pero en cualquier caso terminaron de esfumarse esa misma tarde. La hija de don Hugo se pasó por la taberna y nos contó que lo había visto desde el cementerio nuevo. El hombre estaba parado frente a la abandonada casona de los Garcés, apoyado en el asa de su maletita y mirando todo con la boca abierta, impactado por la ruina de la hacienda familiar. De tanto en tanto hacía bocina con las manos y gritaba "¿Holaa?" y después "¡Alóoo!", pero cada vez más despacito, cada vez con menos esperanzas, echando miradas alrededor como preguntándose bajo qué árbol iba a tener que pasar la noche o a qué hora se decidiría a reventar la tormenta.

—Oiga, si busca a don Julián no lo va a pillar —le dijo la chiquilla desde el otro lado de la cerca, preocupada de que tanto grito interrumpiera el descanso de los náufragos.

—¿Y dónde lo encuentro?

—Tiene que subir por el sendero, cerro arriba. Siga el humo de la chimenea, ¿lo alcanza a ver?

El forastero miró hacia arriba. Tuvo que doblar mucho el cuello hacia atrás para que los ojos fueran más allá del follaje del bosque y lograran distinguir el humo que subía desde La Punta.

—Hostia. ¿Qué hace allá Julián?

—Allá vive. En La Punta.

—¿En La Punta? Eso estaba muy lejos.

—No estaba. Está. Por eso lo vemos poco a don Julián. Ya no baja nunca.

—¿Y de qué vive? ¿Y por qué se fue de la casona? ¿Y qué coño hace un cementerio aquí?

La hija de don Hugo no tenía ni respuestas ni muchas ganas de hablar, así que levantó los hombros antes de perderse otra vez entre las cruces, mientras el recién llegado puteaba un poco, se cambiaba otra vez de hombro el maletín y aceptaba que su destino, al menos en esa tarde, al menos en su primer día en la isla, era irse a la literal punta del cerro.

—¿Cuánto tiempo era que no venía? —nos volvimos a preguntar esa noche en la taberna.

Pero la verdad es que nosotros tampoco teníamos respuestas, y las ganas de hablar las habíamos perdido hace mucho tiempo. Se estaba mejor así, escuchando llover, levantando las cejas de vez en cuando, preguntándonos cada tanto si las imágenes de nuestros recuerdos también necesitaban algunos ajustes, y olvidándonos del tema a la segunda caña.

Al final, tampoco había sido para tanto.

Ya se iba, ya se nos iba el verano cuando lo vimos llegar. Los últimos días habían estado nublados y este también. El aire

tibio, el mar revuelto, el movimiento de los pájaros, el tañido de la campana hundida: la isla se daba maña para anunciarnos la lluvia y también una visita.

Jerónimo Garcés era la visita.

La lluvia, bueno.

La lluvia era la lluvia.

Pasaron dos días, puede que tres. Cuando lo volvimos a ver tenía los zapatos y los pantalones llenos de barro seco, salpicada la chaqueta con hojitas rebeldes del boldo y el laurel. Venía tan lleno de bosque que ya no parecía que fuera a reunirse con el alcalde. La barba de tres días, poquito blanca, poquito gris, le quedaba pintosa. Pero no se veía relajado. Ignorábamos aún que el encuentro con su mellizo no había resultado nada bien, aunque ciertamente podíamos sospecharlo.

Había bajado al pueblo apenas volvió el tiempo bueno, con la intención de averiguar dónde había algún cajero automático. Los que estábamos por ahí nos reímos. Después preguntó por el piloto. Le explicamos que con Mike nunca se sabía.

—¿Ya se quiere volver?

Negó con la cabeza.

—No todavía, pero me pone nervioso que se olvide de venir a buscarme.

Después preguntó, mostrando un celular grandote, si sabíamos dónde agarraba la señal. Nos reímos de nuevo. Alguien le palmoteó el hombro: nuestra forma de dar la bienvenida.

—Un consejo, don Jerónimo.

Abrió los ojos, sorprendido.

—¿Saben mi nombre?

—¿Usted no es el hermano de don Julián?

—Sí, sí. Claro.

—El escritor.

—¿Saben que soy escritor?

—Pero si hasta hay un libro suyo en la biblioteca.

—¿Hay una biblioteca?

(Parecía sorprenderse de todo, el hombre).

—Biblioteca sí, aunque chiquitita. Cajero, señal, bibliotecario: esas cosas no.

—Vale. Vale. ¿Y el consejo?

—¿Qué consejo?

—Me iban a dar un consejo.

—Ah, sí. El consejo es que no acepte consejos de nadie.

Se quedó en silencio un segundo. Después preguntó:

—¿Están de coña?

—¿Qué?

—Pregunto si me están hueveando.

—¡Ah! Sí, lo estamos hueveando. ¿Qué significa "de coña"?

—Lo mismo, pero en español.

—¿Y en qué idioma estamos hablando?

—Español de España, quiero decir.

—¿Usted vive en España?

—Sí. Bueno, en Cataluña.

—¿Y en Cataluña hablan español?

—No, catalán.

Nos quedamos en silencio, a ver si alguno había entendido.

—Parece que nos perdimos, don Jerónimo.

—Da igual. ¿Y el consejo?

—Cierto, el consejo. El consejo es que no le pida a la isla lo que la isla no le puede dar. Se va a amargar las vacaciones.

Se quedó pensando. Luego asintió.

—Lo tomo. Igual tampoco he venido de vacaciones.

—¿Y a qué vino?

Don Jerónimo botó un suspiro largo. La isla se movió un poco, atenta.

—Supongo que a visitar a mi hermano.

—Ah, eso sí sabíamos.

—¿Qué cosa?

—Que venía una visita a la isla.

—¿Y cómo sabían?

Nos miramos otra vez. Luego hablamos todos al mismo tiempo:

—Es que el mar, es que los pájaros, es que escuchamos la campana hundida.

Él nos miró como si fuéramos extraterrestres.

—Pásese alguna tarde a la taberna a tomar una caña, don Jerónimo —agregamos, para salvar el silencio y porque lo estábamos empezando a pasar bien con él.

Asintió varias veces, lentamente, como si estuviera calibrando la invitación y se inclinara por aceptarla, aunque el gesto también podía llevar a pensar que no quería ofendernos negándose a rajatabla y por eso elegía esa especie de limbo, ese asentir silencioso que no era ni chicha ni limonada, que solo transmitía que nos había escuchado y listo. Pero nosotros ya habíamos dicho lo que nos parecía bien decir, y acá en la isla nadie hace una invitación dos veces porque para qué.

Apareció en la taberna al día siguiente. Estaba hecho un desastre. Descendió con cuidado por la escalerilla, sospechando tal vez que los tablones se iban a quebrar bajo su peso. Cuando llegó abajo le hicimos una seña con la mano. Don Jerónimo se vino a sentar echando miradas curiosas a los viejos timones, las sogas, los banderines de colores, la escafandra oxidada, los ventanucos de estribor y de babor.

—¿Qué le parece nuestra taberna, don Jerónimo?

—Recuerdo bien este barco. Llegó con el tsunami. Claro que por entonces no era taberna. Creo que le teníamos miedo. Pensábamos que estaba maldito.

—¿Pero le gusta ahora?

—Es especial. ¿A quién se le ocurrió convertirlo en taberna?

—A su hermano.

—Claro. Por supuesto.

—Sírvase una cañita, pues.

—No tengo pasta. ¿Cómo puede ser que ahora la isla tenga aeródromo, avionetas y hoteles, pero ningún cajero?

—Bueno, bueno. Vamos viendo. Avionetas es ponerle mucho. Está la de Mike, que vive en el continente, y a veces las de los milicos. Hotel hay solo uno, aunque ya casi no vienen turistas.

—Hombre, ya me lo imagino, con lo difícil que es quedar con el gringo para que te traiga.

—Pero no es solo por eso. El hotel funcionó dos años con hartos turistas. Había más vuelos, también.

—¿Y qué pasó?

—El mar, pasó. Por arriba de la isla. Igual que cuando usted era niño. ¿No supo nada? Ahora el tsunami no fue tan tremen-

do como el anterior, pero igual el agua casi llegó hasta la casona de su familia. Se lo llevó todo. Hubo que hacer el aeródromo de nuevo.

—¿Murió gente?

—Cuatro personas en total. Los que no alcanzaron a llegar a La Punta. La isla no pudo hacer nada por ellos.

—Pero de eso harán ya algunos años, ¿no?

—Sí, pero a los turistas no se les quitó el miedo. Bah, mejor que no vengan. No sabían llevarse la basura.

—O sea que cada cincuenta años, paf, la ola.

—Así nomás. Menos mal que tenemos el cerro.

—¿Y no les da miedo que la taberna esté tan cerca del mar?

—Al contrario, pues, ¿no ve que es un barco?

Don Jerónimo arqueó las cejas, como si no creyera posible que fuéramos capaces de timonear la taberna por el mar llegado el momento. Pero se equivocaba. Conocemos bien nuestro mar y mucho mejor nuestra taberna. Ya tenemos designados los puestos de mando y todo. Tal vez hasta ansiamos un poco que llegue el día en que la taberna vuelva a ser un barco navegante, porque así podremos mirar la isla a lo lejos y recordarla con vieja nostalgia marinera, sintiendo que tenemos en el mundo un lugar que nos espera.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo don Jerónimo—. ¿Cómo sobrevive el hotel si no vienen los turistas?

—Cuando llega uno la Gaby lo estruja hasta dejarlo seco. Igual como hace Mike.

—A mí el gringo ese me hizo esperar tres días para traerme y no me quiso decir cuándo me podía venir a buscar, pero sí que me exigió que le dejara pagado el regreso. Por eso me quedé sin pasta. ¿Cómo puede ser tan caro el viaje?

—¿Cuánto le cobró?

Don Jerónimo nos dijo el monto. Miramos con atención los vasos sin atrevernos a hablar.

—Bueno, lo invitamos a esta.

La Martita trajo un vaso para nuestro invitado y otro botellón. Se sirvió él mismo y se mandó el vaso al seco.

—En España le dicen caña a la cerveza, no al cortito de vino —comentó secándose la boca con la mano.

—Ah. Cerveza no tenemos.

—Da igual.

Se sirvió otro vasito, aunque ahora no se lo tomó al seco.

—Así que no hay cajero automático.

—Así nomás.

—Banco ni hablar…

Soltamos una risotada. Don Jerónimo sonrió. Luego se amargó de nuevo.

—Qué más da, ni siquiera sé si tengo dinero en la cuenta.

—Ah, o sea que el problema no es el cajero.

—El problema es que no me pagan. En realidad, ese es el jodido problema.

—¿Quién no le paga, don Jerónimo?

Jugó con el vaso un ratito, como buscando las palabras. Al final las encontró.

—Mis editores. Que la cosa está complicada, que ya no es como antes, que si no mando un adelanto del reportaje no me pueden dar un anticipo. Yo qué sé. Encima me echan en cara que me pagaron el billete de avión. Hombre, ahora resulta que tengo que dar las gracias por hacer mi trabajo.

—¿Lo mandaron a escribir sobre la isla?

—Qué va, qué va, si a esta isla no la conoce ni Dios. No, me

enviaron a reportear sobre lo que está pasando en el país. ¿A ustedes qué les parece lo que está pasando en el país?

Nos miramos de reojo.

—Es que a nosotros el país no nos importa mucho, don Jerónimo.

—¿Por qué?

—Porque nosotros no le importamos mucho al país.

Se quedó en silencio, masticando nuestra respuesta. Luego sacó una libreta del bolsillo y anotó algo.

—¿Le gustó lo que dijimos?

—¿Qué?

—¿Anotó lo que dijimos para su reportaje?

—Ah, sí.

—Entonces le gustó.

—Es que no se trata de si me gusta o no —dijo rascándose la cabeza—. Se trata de si eso que ustedes dicen puede hablar de algo más, si da una idea amplia sobre el tema.

—¿Qué tema?

—Lo que pasa en el país, ¿no?

—Pero si le acabamos de decir que no nos importa.

—Y eso de todas formas dice algo. Que no les importe, me refiero. Por eso es bueno.

—Ah, entonces sí le gustó.

—No, no. Creo que no me entienden.

—No, sí lo entendemos. Pero hemos dicho muchas cosas y usted no las ha anotado, en cambio esta cuestión sí. Eso es porque le gustó.

Iba a replicar algo más, pero en vez de eso se quedó en silencio y pensando.

—A lo mejor llevan razón.

Sonreímos satisfechos.

—Igual ya no creo que haga ese reportaje —siguió el viejo.

—¿Y eso por qué?

—La respuesta fácil es que hasta que no me paguen un anticipo, no lo voy a terminar.

—¿Y la respuesta difícil?

—Que ya…

En ese momento se atragantó con las palabras y nos pusimos alerta, como cuando se advierte que alguien se va a largar a llorar y hay que pensar rápido en la mejor reacción, la más adecuada, la menos molesta, la más comprensiva: esas buenas intenciones que al final no sirven para nada. Para salir del paso elegimos pensar que solamente era el vino, que le estaba raspando la garganta, y lo seguimos mirando a la espera de que terminara la idea.

—¿Que ya qué, don Jerónimo?

—Pues… que a lo mejor ya no tengo nada más que decir.

Nada más que decir. Sus palabras nos calaron en lo más hondo: eran palabras que tenían la misma forma de nuestra herida, ese tajo callado que nos dejó la muerte de la Milena y que no sabe cicatrizar Fue como si se instalaran ahí, precisas como la última pieza de un puzle, y el ardor fue tan fuerte que nos obligamos a toser para no llorar. Al final elegimos pensar que nomás era el vino, que ya nos estaba raspando las gargantas. Cuando nos repusimos del todo, intentamos animar al viejo.

—Usted ha viajado por todo el mundo, ¿no? Seguro que tiene muchas cosas que contar.

Él sonrió con tristeza.

—Sí. Pero, por desgracia, tener algo que contar no es lo mismo que tener algo que decir.